
Un Viaje de Novios

Gabriel Miró

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6414

Título: Un Viaje de Novios

Autor: Gabriel Miró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de enero de 2021

Fecha de modificación: 27 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Viaje de Novios

La noble y vieja señora recibió a Sigüenza en su salita de labor.

Las sillas, los escabeles y el estrado eran de rancia caoba, vestidos de grana; los cuadros, apagados; las paredes, blancas. Era un aposento abacial.

Delante de la butaca de la dama había un alto brasero resplandeciente; y entre el follaje de azófar se veía arder, retorciéndose, una mondadura de lima. La olorosa tibieza de la sala daba una dulce sensación de intimidad, de recogimiento de casa abastada y sencilla. Así lo notaría la señora, porque luego de contemplar el moblaje, la alfombra, y de mirarse el viejo y rico jubón de terciopelo que traía, y sus botas de paño, puso la mirada en la copa de fuego, y suspirando dijo:

—¡Nada nos falta para nuestro abrigo! ¿No debemos estar alabando siempre a Dios, que nos libra de la miseria de tantos desventurados que irán de camino y no tienen pan ni leña?

Y la señora pidió su mantón de lana, como si ya sintiese el fino de los menesterosos.

No pueden negarse los sentimientos de piedad de esta dama, y aun creo que ni de ella ni de nadie. El Señor puso la lastima en todos los corazones. Todos nos afligimos por las ajenas miserias, y tanto, que hasta se nos incorpora el frío de los desnudos y hemos de pedir un mantón más para cubrirnos.

La señora estaba verdaderamente entristecida de compasión.

En lo hondo del silencio se oía el grave pulso de un viejo reloj de pesas.

La esquilita del portal sonó alborozadamente. Acudió la criada, y unas voces de júbilo les quitaron de sus compungidos pensamientos.

Pasó un matrimonio mozo, nuevecito; hasta por sus ropas se descubría lo reciente del desposorio.

La novia era sobrina de la señora, y entre las dos hubo muchos y dulces requiebros porque la tía encomiaba la hermosura y elegancia de la gentil casada y ésta no se hartaba de bendecir a Dios hallando a la señora tan buena y más joven que antes de sus bodas; hasta los mitones le parecían primorosos, eran de sarao.

—¡Si son los mismos de todos los inviernos! —le dijo sonriendo la dama.

—¿Aquellos de color de aceituna partida? Pues ella los veía ahora más lindos.

El marido, la tía, la criada, sonreían oyendo a esta criatura que hablaba con viveza mimosa de niña. «¡Señor, así hablaría antes!», se dijo Sigüenza, y reparó que también sonreía.

El marido apenas balbució algunas palabras de asentimiento y complacencia; toda su alma estaba colgada de la encendida boca de la donosa mujer.

Era un mozallón colorado, de pupilas asombradizas de niño gordo. Olía a piel de guante. Los guantes se le notaban mucho, aunque recatase sus manazas en los bolsillos; los guantes y sus zapatos de charol. ¡Cuánto charol!, pensaba Sigüenza mirándole los pies con mucha ternura.

Es que un trozo grande de la alfombra relumbraba por aquellos zapatones de filisteo, de filisteo calzado de charol.

Entre tanto, la esposa hablaba insaciablemente de las tiendas, de las iglesias, de los tranvías y automóviles de Madrid; de lo mucho que se ensucian los cuellos y las botas en aquellas calles.

Entonces el esposo interrumpió:

—Todos los dueños de los salones «limpiabotas» son riquísimos. ¡Bueno, son sociedades muy fuertes!

—¿Es posible, Dios mío? —prorrumpió admirada la señora.

Se lo confirmó Sigüenza.

Después, la novia contó de Barcelona. ¡Qué grande era! Y la estatua de Colón, ¡qué altísima! Calculaba que en el índice de Cristóbal Colón cabía su marido.

La señora y su fámula quedaron espantadas.

Sigüenza dijo que todo era verdad, o que podía serlo; y vio al mozo sacando su frente de tozudo por la uña del índice de bronce.

En aquel punto del relato, sonó la esquilita de la cancela; y a poco apareció un buen hombre calvo y enlutado, rico y autor de folletos financieros, seguido de un matrimonio devoto, contertulio de la señora. Y apenas escucharon que la sobrina contaba su viaje de bodas, sonrieron tiernamente. No hacían sino sonreír.

Ahora dijo la novia que se angustiaba recordando el viaje de regreso de Barcelona. Ya estaban cuatro en el vagón; y cuando se prometían regocijados que no subirían más viajeros, aparecieron otros tres.

¡Siete! Y casi todos rollizos y con impedimenta copiosa; los atadijos de las mantas y pieles tuvieron que rodarlos bajo los asientos.

Habían ya cerrado la portezuela; era llegada la hora de la partida. De súbito óyese una voz de ansiedad. Todos se asomaron; y a lo último del andén vieron un hombre que gritaba y alzaba sus manos pidiendo un instante de retardo al cielo y al maquinista. Y no rogaba para él, sino para un viajero bajito y ancho, y todavía más rebultado por un recio abrigo velludo y por bufandas grandísimas y una gorra hirsuta y enorme como la cabeza de un oso.

Caminaba despacio, muy penosamente. Y llegados a los vagones, al acompañante de este pobre hombre le plugo elegir el departamento de los novios. Se quedaron aterrados; pero, luego buscaron los mejores sitios.

—¿Qué habíamos de hacer? —exclamó el marido.

Todos dijeron que: —¡Claro!

Sentose el advenedizo, cayendo, entrando como una cuña en el asiento frontero de los novios. El que le asistía le puso un frasco de medicina en cada faltriquera del gabán; pidió que le atendiesen, que le socorriesen si fuese menester, pues con senas manifestaba que el «nuevo» padecía un grave mal, y finalmente dijo que hiciesen la caridad de darle de aquellos tarros de dos en dos horas. Y con estas razones y algunas palabras de gratitud, hizo un saludo y desapareció.

Salió el tren, perdiéndose en la negra noche de la vía.

El «intruso» tenía los ojos cerrados, la boca anhelante, las manos cruzadas crispadamente; y el bazuqueo de la marcha le obligaba a tambalearse como un costal, y su cráneo se caía sobre los hombros.

Todos le miraban y se miraban con angustia, esperando su muerte.

Y si alguna vez abría sus pobres ojos, entonces los viajeros se estremecían de espanto como si el desgraciado fuese la misma muerte que se complacía en mirarles; una muerte

gorda, hinchada, tocada con un pellejo de fiera.

La novia se atrevió a inclinarse sobre el oído del esposo; y éste sobre el del camarada vecino; y así fueron murmurándose que era llegado el instante de hacerle beber del frasco del bolsillo izquierdo. Y nadie osaba acercarse al enfermo. Finalmente, los que estaban a sus costados y los novios le aplicaron la droga a los labios, y el brebaje se le derramó por la barba sudada, por el pecho, por las rodillas. Parpadeó el enfermo, y quedó más postrado que antes.

—¡Qué miedo, Dios mío! —suspiró la novia para descansar.

Y los que la escuchaban sonreían de su miedo.

Avanzaba la noche y el tren.

Y un viajero, después de mirar su reloj, avisó a sus camaradas que otra vez habían de darle de beber al enfermo. Le remediaron y también el pobre hombre abrió sus hondos ojos y mirándoles quería decirles su gratitud y padecimiento.

¡Se morirá, se morirá esta noche! —pensaban todos estremeciéndose dentro de la suave tibieza de sus abrigos y acomodándose para dormir. ¡Si se muriese sin que ellos presenciasen su agonía! Y cerraban con fuerza los párpados para no verla y para dormir. ¡Daba una lástima!

Pasó mucho tiempo. La novia se aterraba notando la quietud y el respirar sosegado de los demás. ¡Ella sola velaba! Y escondió su graciosa cabeza en el pecho del marido. Es que parecía que una mano del enfermo intentaba subir, subir buscando sus bolsillos. No podía. Abrió los ojos mirando con angustia a los viajeros. La mano volvió a caer pesadamente.

Vino el día. Entraba el sol regocijando el coche. Era una mañana gloriosa; olían delirantemente los naranjos de la tuerta valenciana. Y todas las manos se apresuraron a dar la medicina al enfermo. Pero, estaba muerto. ¡Qué cara tan

hinchada, y de color de ceniza!

—¿Y hay familias, Señor, que dejen viajar a los suyos de esta manera? —exclamaron adolecidas y espantadas las señoras.

El arbitrista calvo y enlutado dijo:

—Yo de las familias no hablaré, porque cada casa es un mundo; pero, y las autoridades, ¿cómo consienten las autoridades que viajen los muertos?

Y el novio añadió:

—Yo, la verdad, desconfiaba de él; a veces hay ladrones de trenes que se disfrazan de enfermos.

—¡Jesús! —suspiró la señora tía contemplando amorosamente a la sobrina, imaginándola, por fin, libre de un grave riesgo.

Y balbució ella:

—¿Y no sería aquél un mal hombre?

Todos se apresuraron a sosegarla; y sonreían valerosamente.

—Por fortuna —murmuró el calvo caballero—, aquel hombre murió de veras, y no hay que pensar en que tuviese usted ningún peligro.

—¡Es verdad! —exclamaron los novios.

Durante largo tiempo se quedaron todos mirando las hermosas resplandecencias de los zapatos de charol.

Gabriel Miró



Gabriel Miró Ferrer (Alicante, 28 de julio de 1879-Madrid, 27 de mayo de 1931) fue un escritor español, encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el novecentismo.

En 1911 le nombraron cronista de la provincia de Alicante. Desde 1914 anduvo empleado en la Diputación de Barcelona, donde se trasladó a vivir. Allí dirigió una Enciclopedia sagrada

para la editorial catalana Vecchi & Ramos, proyecto que no se llegó a concluir pero que le satisfizo íntimamente, y entre 1914 y 1920 colaboró en la prensa barcelonesa: Diario de Barcelona, La Vanguardia y La Publicidad. Conoce allí al editor de muchas de sus novelas, Domenech. Se trasladó a Madrid al ser nombrado en 1920 funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y allí permaneció los últimos diez años de su vida; en 1921 era Secretario de los concursos nacionales de ese mismo ministerio. En 1925 ganó el Premio Mariano de Cavia por su artículo "Huerto de cruces" y en 1927 es propuesto para la Real Academia Española, pero no fue elegido, quizá por el escándalo levantado ante su novela El obispo leproso, considerada anticlerical.

La mayor parte de la crítica considera que la etapa de madurez literaria de Gabriel Miró se inicia con Las cerezas del cementerio (1910), cuya trama desarrolla el trágico amor del hipersensible joven Félix Valdivia por una mujer mayor (Beatriz) y presenta —en una atmósfera de voluptuosidad y de intimismo lírico— los temas del erotismo, la enfermedad y la muerte.

En 1915 publicó El abuelo del rey, novela en la que se relata la historia de tres generaciones en un pueblecito levantino, para presentar, no sin ironía, la pugna entre tradición y progreso y la presión del entorno; pero, ante todo, nos encontramos con una meditación sobre el tiempo.